

Pedro Pablo Linárez: En la guerra de los años 1960 “se inmoló toda una generación de jóvenes venezolanos”

ANNEL MEJÍAS GUIZA¹

DEPARTAMENTO DE INVESTIGACIÓN, FACULTAD DE ODONTOLOGÍA
DE LA UNIVERSIDAD DE LOS ANDES (FOULA)
GRUPO DE INVESTIGACIÓN EN SOCIOANTROPOLOGÍAS DEL SUR (GISS), ULA
RED DE ANTROPOLOGÍAS DEL SUR
MÉRIDA, VENEZUELA
annelmejias@gmail.com

Nº 47

REVISTA DE HISTORIA. Año 24, Enero-Junio, 2019

El 23 de abril del 2008 coincidimos con el antropólogo Pedro Pablo Linárez y su esposa, la profesora Irakara Castillo, en Barquisimeto, estado Lara, luego de ir hilando la movilidad y su vinculación con el movimiento guerrillero de la década de 1960 en Barrancas, una de las tres zonas de Barinas donde estábamos estudiando procesos migratorios con el método etnográfico-etnológico. A partir de este diálogo se abrió un nuevo panorama en la investigación para describir posteriormente una de las causas de movilidad en esta región.

Hoy, a casi cinco años de la muerte de Linárez, ocurrida el 18 de septiembre de 2014, volvemos sobre los pasos de sus palabras recogidas ese día, ya hace once años, para reconstruir ese trabajo de recolectar las evidencias, excavar/exhumar y facilitar casi en paralelo la investigación judicial con el fin de recuperar los cuerpos de nueve guerrilleros desaparecidos entre 40 y 50 años atrás durante la lucha armada de la década de 1960. Con este trabajo Linárez, del Programa Nacional para el Rescate de los Desaparecidos, ayudó a consolidar la arqueología forense en Venezuela.

“¿Cómo comienza todo esto y por qué?”, se preguntó y respondió: “Por una necesidad teórica y metodológica para intentar resolver un problema que estaba latente y que, desde la perspectiva arqueológica, no había sido asumido en el mundo entero. En 1990 participamos en el Segundo Congreso Mundial de Arqueología, que se celebró aquí en Barquisimeto.

Trajimos la proposición de una arqueología política, otros hablaban de una arqueología o antropología forense, pero había un común denominador: ¿Cómo comenzar a asumir desde la perspectiva de la arqueología el rescate de los restos óseos de los caídos en la lucha armada o en movimientos populares de masa en el contexto de la Guerra Fría que, para los efectos de Venezuela, es la lucha armada de los años 60, la guerra de guerrillas?”

Desde el Primer Congreso Mundial de Arqueología, celebrado en 1989 en Vermillion, Minnesota, Estados Unidos, se planteó el Acuerdo de Vermillion para el tratamiento de restos humanos indígenas, lo que devino en la aprobación de un Código de Ética para tratar los restos indígenas al final de este Segundo Congreso, en el que participó Linárez. Pero al mismo tiempo, como lo relata el entrevistado, se planteó cómo tratar los casos de los restos de los desaparecidos durante el marco de la Guerra Fría, lo que conllevó a la conformación de grupos de trabajo con colegas argentinos, cubanos, bolivianos, colombianos, algunos españoles y rusos, para “inaugurar en el mundo una nueva disciplina, el nombre que más ha calado es de arqueología forense; sin embargo, hemos preferido en este momento hablar de arqueología política para desmitificar lo académico propiamente heurístico y epistemológico, e irnos por la calle del frente: es un trabajo político desde la perspectiva de la ciencia”.

- ¿En qué se diferenciaría con la arqueología forense?

- Forense es cuando tú rescatas unos restos de un muerto y lo sometes a una consideración criminalística, pero cuando te planteas la arqueología política puedes hablar tanto de los muertos como de un sitio donde hubo, por ejemplo, un campamento guerrillero o uno del Ejército para combatir la guerrilla... puedes hablar de cualquiera de los contextos arqueológicos. Nosotros hacemos las dos cosas y en el libro² planteamos el rescate de desaparecidos, de objetos de comandantes guerrilleros o de piedras que luego se convierten en sagradas, un poco lo mismo que pasa en el mundo etnológico, porque son nuestros mismos indígenas o los latinoamericanos descendientes de los pueblos originarios que mueren y su visión cosmogónica no la trastocan porque sean marxistas o no, ellos siguen teniendo su mismo mundo cosmogónico.

- ¿Este grupo conformó una red?

- Nos basamos en dos proyectos internacionales y uno nacional: el proyecto de los guatemaltecos, el de los cubanos-argentinos-bolivianos y el de nosotros en Venezuela, realizado en 1997. Y un solo objetivo, que era un

punto de honor de muchísima relevancia política, ideológica y simbólica: conseguir los restos del comandante Ernesto Guevara de la Serna, el Che Guevara.

- ¿Este grupo consiguió los restos del Che?

- Todos contribuimos a que se consiguieran para generar una disciplina y se abriera desde otra perspectiva. El 6 de julio de 1997 se consiguen los restos del Che Guevara. Se habían encontrado los de Tania y otros compañeros en ese contexto de enfrentamiento entre la CIA y el Grupo Internacionalista de Yacanguazú, que es la zona donde estuvo Ernesto. Esas son las excavaciones más exitosas, ese día se puede decir que nació la nueva disciplina, porque los arqueólogos, luego de una ardua tarea de carácter tecnológico, humano y trascendente, lograron que apareciera ante los ojos del mundo el rostro del comandante Guevara.

PRIMERA EXPERIENCIA EN VENEZUELA

Una vez se recuperaron los restos del Che Guevara, continuaron las excavaciones en Guatemala, mientras que en Venezuela Linárez y Castillo iniciaron un proceso de investigación en el Silencio de Villanueva, un caserío ubicado en Portuguesa por el cual se entra por Chabasquén, en Lara. Con este trabajo rescataron los restos de un comandante guerrillero y dos campesinos que fueron enterrados en una fosa común. “Lo puedes ver en esta foto”, nos dijo Linárez mostrándonos la imagen: “Aquí está el comandante, abajo un campesino y más abajo el otro”. En la imagen solo se observaron los huesos de las piernas, porque lo demás fue consumido por los animales de la zona.

- ¿Cómo se llamaba ese comandante?

- Adrián Moncada. Era guerrillero del Frente Simón Bolívar, que operaba en los límites de los estados Lara y Portuguesa. Cada uno de los diez cuerpos que hemos conseguido tiene una historia, pero este es el primer caso en 1998. ¿Qué hace el arqueólogo? Destapar, decapar el suelo y poner en evidencia los restos. Lo que llaman el levantamiento o el peritaje para levantar esos huesos lo ejecutan los médicos forenses con los especialistas del CICPC (Cuerpo de Investigaciones Científicas, Penales y Criminalísticas). Esa primera experiencia la hicimos así porque trabajamos por la vía de noticias criminales. Al descubrir los restos la antigua PTJ, hoy CICPC, junto con el médico forense, hizo el levantamiento, se los llevó a su sede en

Barquisimeto y luego los trasladaron a la morgue de Bello Monte, donde se comenzaron a hacer los estudios de identificación.

- ¿Cuándo se hizo oficial que era el comandante Moncada y la otra gente?

- Se hace oficial en noviembre de 1998, cuando el CICPC entrega el informe de defunción y dice que esta persona murió. ¿Para qué es el informe? Para que los familiares vayan a la prefectura o al registro que le corresponde y procedan a hacer el acta de defunción, porque ahí es cuando pasa a ser muerto, antes era un desaparecido. Fíjate la cantidad de actores que están participando allí. Luego, cuando hacen el acta de defunción, es cuando vienen los homenajes públicos.

- ¿En 1998 es el primer hallazgo contemporáneo en Venezuela?

- Es la primera vez que investigadores con una perspectiva de las ciencias sociales, es decir, la arqueología, abordan un problema de esta naturaleza. Con eso nace oficialmente la arqueología forense en Venezuela.

- ¿Cuál fue la reacción del gobierno de turno?

- En ese momento la reacción fue muy difusa, porque estaba terminando el gobierno de Rafael Caldera. La organización es posterior, a partir de esa experiencia viene el asunto de la Comisión con el gobierno de Hugo Chávez Frías. ¿Cómo llegamos a los restos? Es una historia que tiene implicaciones de carácter personal con nosotros, que somos profesores de la Universidad Bolivariana de Venezuela (UBV). El problema de la perspectiva arqueológica es que la debemos construir: desde una arqueología general que hace todo antropólogo a una arqueología forense. Somos los bichos raros: arqueólogos que hacemos arqueología forense. Con este hallazgo particular tuvimos relación, porque el comandante Adrián Moncada es del pueblo de ella.

- ¿De dónde?

- De Río Claro, Barquisimeto. Es un personaje que desaparece en marzo de 1965 y se convierte en una especie de leyenda. En el mismo año, yo soy poblador de la zona, porque Chabasquén es el punto para entrar a Río Claro. De niño conocía al comandante Moncada, al igual que toda mi familia. Los familiares del comandante tienen la certidumbre de que algún día aparecerá, ellos irían tras la búsqueda del desaparecido desde esa época. Para nosotros el caso era distinto: era la búsqueda de los familiares del desaparecido para saber quién era, porque Adrián Moncada era un

seudónimo. Yo nací en 1958 y tenía seis años cuando lo mataron, supe de su muerte, pero también supe de los asesinatos, masacres, torturas, todo lo que pasó en esa región. Mi familia y yo fuimos víctimas de la represión del gobierno del Pacto de Punto Fijo o, para decirlo más clarito, fuimos víctimas de los gobiernos de Acción Democrática y COPEI, que mandaban juntos al principio. Hay un hermano nuestro que estaba en la guerrilla, que se llama Froilán Torrealba.

- ¿Hermano suyo?

- Hermano mío de crianza, que andaba con el comandante Moncada, pero él sobrevivió, como sobrevivieron muchos otros. En el año 1969, él regresó al pueblo ya pacificado y nos contó con lujo de detalles (yo ya era un niño de 11 años) cómo había ocurrido la muerte del comandante Adrián Moncada. Mi hermano era una persona muy admirada por nosotros, venía de la guerra, su padre fue a la guerra, y ya no era solo mi hermano sino mi maestro político, él me introdujo en los temas del Partido Comunista y las ideas revolucionarias. Yo le prometí a Froilán que cuando fuese grande iba a devolver los restos de Adrián Moncada a sus familiares. Muchísimos años duré preguntando cómo se llamaba el guerrillero y nadie sabía.

Luego, me fui a la Escuela de Historia, de Antropología, de la Universidad Central de Venezuela, me dediqué a la investigación; ella (Irakara Castillo) era de la Universidad Simón Rodríguez, pero hizo un trabajo en arqueología con nosotros sobre desaparecidos. Después que Chávez se alzó, un día nos llegó un campesino y nos dijo: “Yo tengo idea de que ese guerrillero tenía familia en el pueblo de Río Claro”. Un día, aprovechando que había aparecido un yacimiento arqueológico indígena, fui a Río Claro, hice una exploración, llegamos a un restaurante a comer y le pregunté al baquiano: “Tenemos entendido que aquí hay una familia que tiene un familiar desaparecido de la guerrilla”. El tipo me contestó: “Ese señor que está allá es hermano de uno de los desaparecidos”. Cuando el tipo terminó de comer, nos presentamos y le preguntamos: “¿Cómo le decían a tu hermano?”. “Le decían el comandante Adrián”, nos respondió. “¿Dónde creen ustedes que están sus restos?”. “Por Chabasquén”, aclaró. ¡Ese es el comandante Adrián Moncada!, nos dijimos. Estábamos en presencia de la familia González Arias y ese muchacho conocido como Adrián Moncada era Delfín González Arias.

- ¿Fue el único de su familia que estuvo metido en la guerrilla?

- De esa familia sí, pero debo aclararte que ese era un pueblo guerrero. Después, uno de sus hermanos llegó a la oficina y nos trajo la primera

fotografía, cuando la vi me dije: “Sí, este es el personaje”. El muchacho nos dijo: “Quisiera que tú fueras a hablar con mi mamá y le dijeras dónde está muerto mi hermano”. Le contesté: “Hasta ahí yo no llego, porque es difícil llegarle a una señora, después que tiene 40 años de esperanza, y decirle que su hijo está muerto. No tengo corazón para eso, vamos a ver qué pasa”. Hablé con un hermano de él que tenía cierto poder político y se hizo el pendejo.

- ¿Ya habían conseguido los restos?

- No, estábamos en pleno proceso de investigación etnográfica. La foto no solo era para conocer al comandante, sino para tener ciertos rasgos antropométricos y conversar con la familia y con todos para que contaran la historia particular del personaje y ver si en algún momento había sufrido una fractura en algún hueso o le hicieron prótesis dentaria, cualquier elemento que hubiese podido permitir camino a la identificación. Y, si es posible, conseguir su cédula u otros datos, para ver su estatura... en fin, una serie de datos señaléticos que permitieran orientar mejor la investigación.

No hubo respuesta por parte del hermano que más influencia tenía, que se llama Macario González y era alcalde de la ciudad de Barquisimeto, del municipio Iribarren. Ahí vino el otro proceso de cómo motivar a los familiares para hacer la excavación. Pasó el tiempo, me botaron del trabajo y en 1996 me fui a El Tocuyo, me llevo todas mis cajas de papeles y un día, sacándolos, me consigo con la foto de Adrián. La veo y escribo: “La muerte de Adrián Moncada”, para el periódico. Le conté al jefe de redacción que yo quería que saliera publicado el artículo por dos razones: primero, porque era mi deber decirlo y, segundo, porque había una cierta apatía de algunos de los familiares, en este caso del alcalde, que no ha sido diligente para que iniciáramos esa investigación. El artículo apareció el día de las madres y la mamá llamó al botón a sus hijos. Por la madrugada llegaron todos los hijos a mi casa a llevarnos al caserío, ya nosotros habíamos hecho una exploración previa para ubicar el sitio y todo lo demás.

- ¿Cómo sabían ustedes que era ese sitio?

- Porque eso había ocurrido frente a mi pueblo y todos los campesinos sabían dónde estaban enterrados. Para nosotros el problema era lo contrario: conseguir a los familiares para hallar la autorización. Esta investigación se dio al revés. Aparecemos en el caserío del Silencio con todos los familiares y le decimos a la esposa de uno de los campesinos muertos, que conoció al comandante Moncada: “Uno de estos muchachos es hermano del comandante Moncada, ¿tú te atreverías a reconocerlo?”. La señora dio la vuelta con

su vista y dijo: “¡Éste!”. Y exactamente era el hermano que más se parecía, se llama José Antonio González.

- ¿Ella lo reconoce porque los campesinos que mataron junto a Adrián Moncada eran de la zona?

- Claro, a ellos los detienen ahí junto al comandante y los matan. Fuimos otra vez al sitio con todos los familiares y allí constituimos el Comité para el Rescate de los Desaparecidos de los años 60, así nace toda la experiencia. Después viene la excavación en 1998.

OPERACIÓN DE EXTERMINIO “LARGA Y FINAL”

El comandante Adrián Moncada, de 23 años de edad, fue un líder del Frente Guerrillero Simón Bolívar, el cual contaba con varios destacamentos en distintas regiones de Lara, uno de ellos operaba en la zona del Silencio-Chabasquén-Córdoba. En enero del año 1965, el gobierno dio la directriz de iniciar la Operación de Exterminio “Larga y Final” para acabar con ese frente.

- ¿Fue una operación confidencial?

- No, pública. En las notas de la prensa de la época se refleja: llegaron tantos convoyes que combatirán en las montañas de Lara a los guerrilleros con la Operación de Exterminio “Larga y Final”. El gobierno lo hizo a través de las Fuerzas Armadas Nacionales con la asesoría y presencia de asesores norteamericanos. Fue un plan concebido desde el Pentágono, específicamente desde el Comando Sur y el Ejército de Estados Unidos, en el contexto de la Guerra Fría. Se aplicó en Lara, Falcón, Miranda y en las montañas de Anzoátegui. El problema no era matar a los guerrilleros, sino que se acabara la guerra y para eso aplicaban la máxima de Mao Ste Tung: el campesino es al guerrillero como es el agua al pez, entonces les cayeron a golpe limpio a los campesinos, los torturaron, los detuvieron, se los llevaron presos, al que se alzaba lo mataban, les violaban las hijas, les dañaban la casita, les quemaban lo que tenían, les comían los animales... un desastre. Eso lo vivimos en el año 65 en Chabasquén y todos los venezolanos que estábamos en esa época en casi toda la zona montañosa de Venezuela. Esa gran operación, terrorismo de Estado, fue implantada por los gobiernos de turno, incluso el primero de Rafael Caldera.



Pedro Pablo Linarez. Foto tomada del libro
Víctimas de la democracia representativa. Fundación El perro y la rana, Caracas, 2009.

- ¿Podemos decir que el movimiento guerrillero en Venezuela se aplacó amedrentando a los campesinos y matando a los guerrilleros?

- Claro... ¿qué pasa cuando tú acabas con los campesinos? Quien se logró salvar fue para el hospital y ahí murió reventado. Quien logró sobrevivir más nunca volvió, en el caso nuestro del sur de Lara y norte de Portuguesa, los campesinos se fueron hacia los llanos y por allá se quedaron tratando de sobrevivir para evitar que los pudiesen matar. Hablo de los campesinos nada más, porque la situación con los guerrilleros fue peor. Sin embargo, muchos sobrevivieron por su inteligencia militar y porque, por lo general, era gente muy joven. En esa guerra se inmoló toda una generación de jóvenes venezolanos. Son, por lo menos, dos mil jóvenes asesinados en edades comprendidas entre 15 y 25 años, muy pocos puedo mencionar como adultos mayores. Casi niños, unos de 15 años que se fueron a la guerra y los exterminaron en ese contexto cuando llega el Ejército con esa operación, a la cabeza del “teniente veneno”, nombre adoptado para la guerra por estos militares, en este caso por Isidro Piña Martínez, quien vive aún.

- ¿Dónde está?

- Por aquí, en Sanare, estado Lara. El otro se llama Adelmo Jiménez, quien también vive. Lo curioso es que Jiménez es diputado en el poder legislativo del estado Lara por el proceso bolivariano, por V República, ahora irá a ser del PSUV (Partido Socialista Unido de Venezuela).

- ¿Qué se ha hecho frente a esas acusaciones?

- Se niegan, pero ahí están los documentos y los testigos que vivimos esa época. A los tipos más sanguinarios les decían “teniente veneno”. El Ejército llegó a esa zona del Silencio de Córdoba, ahí desaparecieron a Urbano Rodríguez, Rafael Ángel Chacón... el “teniente veneno” se los llevó y los desapareció. Torturaron al anciano llamado Leonidas Rodríguez, al padre de Urbano lo llevaron a Guanare y después lo torturaron. Yo tengo fotos del viejo y de Urbano también, ya lo habían dado del hospital y lo tenían en una casita, mi mamá y yo lo fuimos a ver, porque mi mamá era de ese pueblo, de la montaña llamada Córdoba, y, cuando nos despedimos para agarrar el autobús (en esa época), a la mitad de camino nos dijeron que nos devolviéramos porque se había muerto Leonidas Rodríguez reventado, botando la sangre. Esa historia la viví de niño.

- ¿Eran campesinos?

- Sí, campesinos larenses. El hijo de Leonidas había visto dos veces al comandante Moncada, eso fue suficiente para que lo mataran. Quedó viva su madre llamada Francisca “Pancha” Mambel, yo la conocí hasta los últimos años de su vida y siempre anduvo buscando a su hijo hasta que murió anciana. Ella nunca perdió la esperanza. De Córdoba se fue el “teniente veneno” con el Ejército para el caserío el Silencio y ahí llegan en la madrugada a la casa de Nicolás Sánchez, otro campesino, y lo detienen frente a su mujer, que fue la que reconoció al hermano de Adrián Moncada y después reconoció a su marido. Esta versión la construye y reconstruye el propio pueblo, uno es un intermediario, ellos son los que dan la interpretación del juicio histórico. Se llevan a Nicolás, a otro campesino llamado Francisco “Panchito” Fernández, y consiguen al comandante guerrillero Adrián Moncada. Se los llevan para una casa, que estaba sola, del señor Evaristo Andrade y ahí los torturan. Todavía la última gente que visitó esa casa mostraba dónde estaban las paredes marcadas con las manos manchadas de la sangre de ellos. A Adrián Moncada le cortaron las orejas y la nariz, le tasajearon el cuerpo con cuchillos, le echaron sal, le sacaron las uñas. Lo que no le pudieron sacar fue una sola palabra.

- Qué hecho tan horrible...

- Sí... y después los fusilaron a los tres al mediodía del jueves santo de la Semana Santa de 1965. Se oyeron tres tiros en la montaña y como a las 3:00 de la tarde subió el camión convoy del Ejército. Ellos llegaron ahí y violentaron las casas a un montón de familias, a una señora la violaron, a otra le cortaron una teta... fue un desastre lo que hicieron en ese caserío. Toda la gente se fue a Chabasquén, amanecieron en las calles, muchos se fueron a mi casa porque era una pensión. Por eso te digo que fui un testigo de todo, porque yo tuve que verlo, pero además porque un hermano mío estaba en la guerra, andábamos en vilo porque él también podía ser una víctima.

Se fue el Ejército y el papá de Nicolás con su otro hijo se dirigieron para la montaña a ver dónde habían enterrado a los muchachos y consiguió dos días después los restos tapados con un montón de monte. El viejo padre de Nicolás, Melquiades Sánchez, sacó a su hijo, se lo colocó en las piernas, lo puso a un lado, después sacó al otro y, abriendo profundamente un hueco, los enterró: debajo colocó a Panchito, más arriba puso a Nicolás y encima al comandante Adrián Moncada. Años después bajó por esa montaña con cemento y arena y les puso una plaquita encima y una cruz con la sigla NAS: Nicolás Antonio Sánchez. Ese es el sitio que nosotros visitamos después.

Una vez se ubicó la tumba, que actuaba como fosa común, Linárez y Castillo procedieron a organizar un plan arqueológico desde el Museo J.M. Cruxent, en El Tocuyo. Se instalaron en Río Claro, alojándose en la casa de la madre de Adrián Moncada, Petra Arias de González.

“El día que nos fuimos para la expedición, pasó algo muy curioso, simpático o bonito, como lo quieran ver”, relata Linárez, “soy muy respetuoso del mundo espiritual, no tengo creencias de ningún tipo, tengo vivencias... yo me acosté y me desperté como a la 1:00 de la mañana, porque al lado donde yo estaba durmiendo había un caballo que daba vueltas y vueltas, hacía los sonidos propios de los animales. Me volví a quedar dormido y a las 3:00 de la mañana me llamó la señora y le dije: “Mire, dormí muy poco porque al lado hay un caballo”, me respondió: “Ahí no puede haber caballo, es imposible”. ¿Por qué? “Porque ahí hay un liceo”. En verdad yo salí y no había ningún caballo. Me dijo: “Ese era Adrián, porque le gustaban demasiado los caballos, él era colector”. Y luego salimos a comenzar la excavación”.

- ¿Cuánto tardó la excavación?

- En términos arqueológicos duró dos días, comenzamos la excavación a las 3:00 de la tarde y a las 3:30 de la tarde teníamos las primeras evidencias de huesos. Luego vino el proceso sistemático de trabajar todo en su contexto.

- ¿Qué fue lo que apareció?

- Un primer hueso largo. Los restos se consiguieron a veinte centímetros de profundidad. Solo se encontraba la parte de abajo, las piernas, porque lo de arriba se lo comieron los animales.

- Es decir que no tenían cráneos...

- Dos no tenían, Francisco “Panchito” Fernández sí. Quienes los mataron medio taparon los cuerpos y se fueron. Un cuerpo se descompone en dos horas.

EL PROCESO

Luego de devolver los restos del comandante Adrián Moncada, de los campesinos Francisco “Panchito” Fernández y Nicolás Sánchez, enterrados en una fosa común, Pedro Pablo Linárez e Irakara Castillo tenían al frente una encrucijada: investigar sobre los desaparecidos. Dos mil nombres son los ubicados en ese paredón del olvido.

- Después de conseguir estos cuerpos, ser identificados, lograrse hacer las actas de defunción y determinar que eran desaparecidos, ¿qué siguió?

- Se devolvieron a los familiares y se terminó. Quedó en el ambiente: ¿qué vamos a hacer con los demás? Porque en el acto del comandante Adrián Moncada aparecieron los familiares de los otros para pedir ayuda, vieron una luz en la oscuridad. Apareció la esposa de Carmelo Mendoza, Lourdes Delgado de Mendoza, ella vive en el pueblo vecino de Duaca. Apareció el comandante guerrillero Fernando Soto Rojas, que andaba con la misma inquietud. Vinieron las elecciones de 1998 y cambió el panorama o uno presentía que el panorama estaba cambiando, porque era la gente de izquierda, gente que estuvo en la guerra de guerrillas los que empezaron a asumir responsabilidades en el Estado y comenzamos a hacer contactos. Surgió en la escena un personaje que toda la vida ha luchado por los desaparecidos: el doctor José Vicente Rangel, quien se convirtió en un gran animador para continuar la idea y, cuando estuvo en la Vicepresidencia de la República, contribuyó a que ampliásemos ese comité de desaparecidos y le dio apoyo institucional, nos abrió una luz ya definitiva con el Ministerio Público (MP).

Estas investigaciones se asumen así: los familiares denuncian ante el Programa Nacional de Rescate de los Desaparecidos, nosotros pedimos la información y cooperamos para que ellos se dirijan al MP, diciendo que en tal año desapareció su familiar y que piden que los investigadores del programa se encargan del asunto. La Fiscalía del MP nombra a un fiscal del caso, la primera fiscal que nombró fue muy especial para nosotros: la doctora Luisa Ortega Díaz, fiscal sexto con competencia nacional. La Fiscalía a su vez se hace acompañar de los especialistas del CICPC (anatomopatólogos, odontólogos forenses, antropólogos físicos) y al mismo tiempo pide apoyo a las fiscalías auxiliares, al Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas (IVIC) o algún organismos de la misma naturaleza, para que se procedan a tomar las muestras respectivas de las evidencias óseas y de los familiares para hacer identificación genética a través del ADN.

- A raíz de que el gobierno asumió el proceso, ¿el Ministerio Público tomó las directrices?

- No, seguimos siendo nosotros, porque el desarrollo de la experiencia ha sido muy accidentada desde el punto de vista político, porque estamos todos los años en una elección. Todo ese trabajo hizo que se creara una comisión especial en la Asamblea Nacional que asumiera parte de esa investigación, de la cual yo fui subsecretario: la Subcomisión de Desaparecidos, para ventilar todos los casos por violación de Derechos Humanos

de los años 60, 70 y 80. Fue exitoso el trabajo que se hizo allí, porque se abrieron por primera vez los archivos de la Inteligencia Militar y la DISIP (Dirección General Sectorial de los Servicios de Inteligencia y Prevención), y pudimos avanzar más.

- ¿Qué consiguieron en esos archivos?

- Todos los militares que participaron, informes, planos donde enterraron a los muertos... todo.

- ¿Qué hicieron con esa información?

- Pudimos resolver otros casos. Esa comisión funcionó un año y de pronto desvaneció en 2006. La última presidente fue la diputada Iris Varela, la vicepresidenta Aleydys “Chiche” Manaure y estaba Mary Eisaga Rujano.

- ¿Por qué dejó de funcionar?

- Nunca dieron una explicación, pero supongo que comenzaba una etapa ya de empezar a incriminar a los indiciados de esos asesinatos, que eran los militares, y como es un gobierno cívico-militar, no le toca de cerca los intereses a los militares. Es mi sospecha, no pudiera lanzarlo como una verdad absoluta. Pudiera ser eso, pero al final no sé por qué razón.

- Y cuando Luisa Ortega Díaz la nombran fiscal nacional, ¿se impulsan estas investigaciones?

- Ese es otro paquete que no hemos logrado resolver. Ahí es donde ha fallado: la responsabilidad penal. En el primer caso sí logramos resolver de manera directa y entregar los restos a los familiares, porque lo hicimos de una manera indirecta. Los otros siete restos óseos que hemos rescatado siguen en manos del Ministerio Público.

- ¿Quiénes son los otros siete?

- Son otras experiencias.³ Si pudimos entregar los primeros tres restos, ¿qué ha pasado con los otros? Seguimos haciendo el programa para el rescate de los desaparecidos, porque es una obligación moral que tenemos y nadie ni nada nos va a detener. Es nuestro trabajo.

- Antes de ustedes implementar el programa, ¿había un organismo que se encargara de recabar estas denuncias?

- No. Nos encargamos de construir el programa, luego le brindamos el apoyo a la AN, fuimos sus investigadores *ad honorem*, porque estamos

interesados en conseguir las evidencias. Terminó esa etapa y quedamos otra vez en el aire, pero sin hacer escándalo, sino que seguimos buscando aliados y en esa búsqueda fuimos consiguiendo apoyo con los alcaldes de los pueblos donde están los desaparecidos: alcaldía de El Tocuyo, la Metropolitana de Caracas, municipios Sosa, Ospino y Sabaneta de Barinas. También recibimos ayuda de la Dirección de Desarrollo Social de la alcaldía del municipio Zamora (Santa Bárbara de Barinas). Por gestiones del doctor José Vicente Rangel, una parte de la investigación la asumió la Universidad Bolivariana de Venezuela, donde creamos el Colectivo para la Constitución de la Memoria de los años 60.

- ¿De ahí vienen estas publicaciones?⁴

- Sí, esta y otras publicaciones, además del apoyo institucional, académico y político que se necesita para hacer todo esto. Ese colectivo tiene un grupo trabajando en oriente, en el estado Monagas; otro grupo en la sede principal de la UBV en Caracas; y uno más en Barquisimeto, lo dirige la profesora Irakara Castillo. Yo funjo como coordinador general de ese equipo de trabajo, que no necesariamente son empleados de la universidad, porque el colectivo está conformado por también guerrilleros y familiares. Es toda una dinámica, como son las dinámicas sociales.

- ¿Cómo se llegó a la cifra de dos mil personas desaparecidas?

- A partir de las exploraciones que hemos hecho por todo el país y partir de investigaciones que se hicieron en los archivos del Estado venezolano, por darle un nombre general. Hemos recuperado restos en siete casos. El trabajo inicia.

LA MOVILIDAD POR GUERRILLA EN BARINAS

Para Pedro Pablo Linárez, las FAN funcionaban como un brazo de los gobiernos de los partidos de turno, por lo tanto, una de las directrices en la década de 1960, durante la guerra de guerrillas, era implementar una política de amedrentamiento para quedarse con la tierra de los campesinos en Trujillo, Falcón, Portuguesa, Miranda y Barinas. La dinámica era la siguiente, según Linárez: amedrentar con golpizas y amenazas a los campesinos, “entonces llegaba el terrateniente a través de otros paisanos y, de manera disimulada, decía: “Yo sé que usted se tiene que ir, pero para que no pierda todo soy capaz de comprarle, no tengo mucho dinero pero le ofrezco esto”, y para no perder todo, la gente vendía. “De esa manera se

formaron nuevas terrofagias”, concluyó Linárez, quien dijo que en Falcón se habían conseguido tres pueblos desaparecidos.

- **¿Cuáles eran esos pueblos?**

- Dos pueblos del estado Falcón: uno se llamaba Sabana de Mumuche y el otro San Antonio de Mucurusa y Nicaragua.

- **¿Ahorita qué hay ahí?**

- Hatos de ganado. Los terratenientes finalmente se apoderaron de los caseríos y los convirtieron en potreros para su ganado.

- **Cuénteme, por favor, el caso de Barinas.**

- En la montaña que está en Barinas, Portuguesa y Trujillo, que se extiende desde Barrancas de Barinas, sigue por la serranía y pasa por frente de Biscucuy, vía el Charal y continúa a Guaramacal, Boconó, Las Mesitas, Las Negritas, ahí operó el Frente Guerrillero José Antonio Páez, que tuvo dos comandantes muy destacados: Juan Vicente Cabezas, y un tipo muy conocido en el país, Fabricio Ojeda, presidente de la Junta Patriótica que logró el derrocamiento de Marcos Pérez Jiménez. Ese frente también fue víctima de los planes pentagonistas, al igual que en Lara, sólo que comenzó más temprano, en 1964, mientras que en Lara formalmente comenzó en 1965. En ese estado de exterminio le entraron a golpes a todos los campesinos, porque era la sistemática: perseguir a los campesinos que le daban apoyo a la guerrilla, desalojando todos esos caseríos de Guaramacal, Las Negritas, Tostós, Boconó, La Vega del Jirajaro, más el territorio de Portuguesa, de la construcción de Palo Alzado del Charal... en fin, la represión llegó hasta los pueblos que están en el eje de Barrancas y, además, en el eje que está desde Puente Páez, Sabaneta, Libertad, Dolores, Puerto Nutrias, hacia abajo, esa línea recta que va de norte a sur.

- **¿En esos ejes qué pasaba?**

- Ese era el eje donde estaba operando toda la guerrilla y los militares establecieron un comando antiguerrillero ahí en Puente Páez, en un sitio que llaman La Marqueseña. Ahí estaba el Comando General del Ejército, donde se dio violación de los Derechos Humanos. Por ejemplo, fue sitiada completamente Dolores de Barinas, porque era conocida en esa época como “la Cuba chiquita”, ahí nació por primera vez el movimiento comunista en Barinas. Y en la zona de Barrancas también había un buen núcleo de comunistas. ¿Qué pasó? En noviembre de 1964 se venía de Barinitas Silverio

Peralta, oriundo de El Tocuyo, Lara, quien trabajaba allá como técnico de suelos en el antiguo Ministerio de Obras Públicas, se vino en su carro, un Ford Galaxie 500, y llegó a Barrancas, buscó a sus camaradas Pedro Callejas y Beltrán Lucena, y siguieron al pueblo de Veguitas, que está antes de llegar a Sabaneta, recogieron a Álvaro Candelario Carrillo. Se fueron hacia el sur de ese eje que va, ponte, a Sabaneta, no sabemos a qué parte. A su regreso, en la entrada de Veguitas estaba un pelotón del Ejército esperándolos y los detuvieron, se los llevaron a la Marqueseña y de ahí a un campo de concentración que tenía el Ejército en el hato La Palmita.

- ¿Un campo de concentración como se conoce el término?

- Sí, ahí torturaban, detenían, fusilaban... de todo, un campo de concentración en la hacienda La Palmita, que pertenece al municipio Sosa del estado Barinas, cuya capital es Ciudad de Nutrias. Ese hato era propiedad de Carlos Árneces, que era compadre de Rómulo Betancourt y concuñado de Raúl Leoni. Llevaron a esos cuatro muchachos en el carro, pero también trasladaron ahí a un señor que le decían en Barinas “el bachiller Rodríguez”, llevaron a mucha gente... incluso llevaron a un tío político del presidente Hugo Chávez, que le dicen “Chicho” Romero. A los cuatro los torturaron, hicieron una fosa y los enterraron vivos dentro del propio carro.

- ¿Quiénes lo dicen: los informes que ustedes recogieron?

- Muchos años después la gente que trabajaba en el hato habló. Eso mismo les hicieron a José Miguel Rodríguez, el famoso “bachiller Rodríguez” de quien habla el Presidente, y a otro personaje llamado Rafael Ortega, que era el telegrafista del pueblo de Dolores.

- ¿Qué significa lo hacen lo mismo: los entierran vivos?

- Claro, al “bachiller Rodríguez” lo enterraron dentro de un Volkswagen. Y como ese hay otros casos más que no conocemos. Hay tipos que los agarraron en Guaramacal, o en Chabasquén, o en San Cristóbal del estado Táchira, los llevaron ahí y la gente que trabajaba en el hato no sabían quiénes eran. Ahí los guindaban, volteaban y colocaban una venda para golpearlos. En el caso de “Chicho”, el tío del Presidente, a este se le cayó la venda y vio el sitio, él habló con nosotros después y nos contó. En Barinas está Fidel Palencia, quien estuvo allí y sobrevivió. Nosotros teníamos un proyecto de investigación a través de la UBV y el Ministerio de Ciencia y Tecnología, en San Pedro de los Altos, donde estuvo el centro de producción de la guerrilla para diseñar armas y hacer explosivos. Ahí descubrimos al

sobreviviente que vio el desmantelamiento de ese campamento, el profesor Paco López, coordinador de la UBV. Nos fuimos con él para Barinas, junto con el Coordinador de Cultura de la UBV de Barinas, Alfredo Ramos, y Heriberto Garcés, planificamos una exposición y una conferencia sobre los desaparecidos en Barrancas de Barinas y logramos a hablar con los familiares. Ya por otro vía teníamos información del sitio La Palmita y decidimos que en enero íbamos a regresar para comenzar el trabajo en forma.

- ¿Los restos de los cuatro ya aparecieron?

- Uno de los hijos de estos familiares, llamado Pedro “Lucho” Callejas, de Barrancas, se fue a la prensa y declaró que ya habían aparecido los restos de su papá, que estaba en un carro en tal sitio... la gente del portal *Vea* hizo una página sin que hubiese ocurrido el inicio de la investigación formal. No desmentimos, porque ese no es nuestro son, se convirtió en un mal casi irreparable porque pusiste en alerta a la gente que, de repente tú le llegas y habla, pero si le dices que vamos a hacer una investigación y está el CICP de por medio, se asusta y no habla.

- ¿Qué hicieron?

- Nosotros armamos el plan y lo ejecutamos. Hablamos con Fidel Palencia, “Chicho” Romero (con apoyo de Aníbal Chávez), algunos trabajadores del antiguo hatillo La Palmita y nos indicaron unas posibles zonas donde estaban enterrados los vehículos. Ahí descubrimos otro fenómeno: que eso había sido un caserío que se llamaba La Palmita y que Carlos Árneces, aprovechándose de su poderío político y militar, sacó a la gente y se apoderó de esas tierras. Eso nos generó muchos problemas porque la gente se guiaba por las casas de quienes vivían ahí y no como está ahora, que son potreros. Exploramos con ellos y un día conseguimos un pedazo de alambre guindado en una mata de mango, el cual tenía un dispositivo cristalino: era la línea del antiguo telégrafo que pasaba por allí, así ubicamos la calle principal del caserío.

Una vez hecha esa exploración, levantamos un plano, le solicitamos al Ministerio de Ciencia y Tecnología y al Ministerio de Energía y Minas que nos prestaran sus equipos técnicos geofísicos para que, a través de radares, estudiaran el subsuelo y ver dónde había posibles evidencias metálicas. La Fundación Venezolana de Sismología (FUNVISIS) e INTEVEP (de Pdvs) nos enviaron sus especialistas, empezaron una exploración y nos brindaron unos mapas de aproximación de la zona donde se suponía había alteraciones ocurridas en el pasado con presencia de minerales.

- ¿Qué área abarcaba donde los técnicos reportaron?

- Ese ható tiene dos mil hectáreas. Los técnicos ubicaron una zona detrás de la casa principal del ható, donde probablemente estarían los carros. Empezamos a excavar.

- ¿El dueño de ese ható está vivo?

- No sabemos si está vivo o muerto. Para iniciar la excavación recurrimos a la Fiscalía del MP, nombraron a un fiscal especial en el caso, el doctor Divier Rojas, quien, junto a las fuerzas públicas, nos ayudó a entrar al ható. Hicimos las exploraciones con los campesinos, los testigos de la época, los geofísicos y, una vez que nos plantearon los mapas de posibles sitios, empezamos las excavaciones a mitad de abril. En esa primera gran excavación, que medía diez metros de largo por cinco de profundidad, no conseguimos nada. Paramos porque comenzaron las lluvias, de verdad que las lluvias en el llano son fuertes, la plaga es terrible, el monte crece y no identificas la zona. Y de paso me pegó un dengue que todavía estoy padeciendo de eso. Una situación extrema.

Tuvimos que levantar campamento, lo que quiere decir que aquí se suspende ese capítulo para cuando venga el verano y aparezcan mejores testigos que nos puedan indicar zonas más seguras. Hasta ahora hicimos todo lo que teníamos que hacer: el paneo de la investigación, el inicio de la excavación, sólo que hasta ahora no tenemos resultados. Logramos rescatar fotografías de tres de los desaparecidos, nos falta uno: Beltrán Lucena, muy famoso en su pueblo porque él era pelotero y el estadio de Barrancas se llama como él.

Debido a ese frente, que iba desde Guaramacal hasta Dolores de Barinas, entró el Ejército a esos pueblos de Barinas: detuvieron a mucha gente, entre esas a la mujer de Fabricio Ojeda, Marciana Bencomo, quien vive en Barrancas; a Olga Vergara y a su hermano Rómulo, quienes también viven en Barrancas; a una profesora que era guerrillera, Carmen Estévez, conocida en la guerrilla con el nombre de "Lucía" y vive en Barquisimeto, ella parió a su hija en la cárcel, no la llevaron a ningún hospital. Irakara Castillo trabaja una línea particular: la participación de la mujer en la guerrilla. Ha trabajado los casos de las campesinas y guerrilleras que fueron asesinadas en la época, incluso aquellas asesinadas por sus propios comandantes, compañeros de la revolución.

- ¿Por qué?

- Por problemas internos, el caso de Conchita Jiménez y Trina Urbina, cuyo responsable político fue Douglas Bravo, comandante del frente que las mandó a fusilar. Estamos haciendo una investigación muy delicada, pero nosotros no somos censores sino científicos sociales. No es que seamos objetivos, porque no existe la objetividad, pero si conseguimos algo que se ha hecho mal del lado del grupo revolucionario nuestro deber está en decirlo, porque la verdad histórica es una sola y yo te la puedo negar, pero el pueblo no se va a negar su historia. Tenemos la consciencia de que el pueblo participa de los hechos, los vive, los interpreta y cuenta como le parezcan, eso se llama la etnometodología: su propia visión del mundo. Es mejor uno decirlo se ponga bravo quien se ponga bravo. Daniel Poca, por ejemplo, fusiló a dos compañeros allá en el frente de oriente, que también están desaparecidos en esa montaña, uno llamado Nicolás Beltrán. Con esto no estoy diciendo que la revolución asesinó a sus mejores hijos, hubo raras excepciones pero las hubo, lo que sí estamos claros es quiénes asesinaron: las FAN como instrumento del imperialismo norteamericano. Puedes decir que pareciera que Pedro Pablo Linárez opina más como político que como científico social, pero es que la política es parte de las ciencias sociales. Yo no soy objetivo, recuerda que soy testigo de esta historia que no se había contado en este país y es un tema que llama poderosamente la atención, porque en todas partes hay gente, como tú y yo, que tienen familiares que fueron víctimas de esa época.

NOTAS

- 1 La autora es profesora de la Universidad de Los Andes, adscrita a la Facultad de Odontología en el área de Antropología Social.
- 2 Pedro Pablo Linárez: *Desaparecidos. El rescate de los asesinados políticos de los años 60 en Venezuela (Notas de Arqueología Forense)*. Caracas, Venezuela: Museo J.M. Cruxent / Ediciones Universidad Bolivariana de Venezuela, Dirección de Investigación de Estudios Avanzados, Colectivo para la Construcción de la Memoria de los años 60, 2007.
- 3 En el libro *Desaparecidos. El rescate de los asesinatos políticos de los años 60 en Venezuela (Notas de Arqueología Forense)*, Pedro Pablo Linárez relata cada caso. Se trata de los siguientes desaparecidos, sumando al comandante Adrián Moncada (caso 1): Carmelo José Mendoza González (caso 2: desaparecido en julio de 1965, sus restos hallados el 19/10/2003 en Hato Arriba, estado Lara), Nicolás Hurtado Barrios (caso 3: desaparecido en marzo de 1967, encontrados sus restos el 27/12/2003 en la montaña Agua Dormida, estado Portuguesa), Antonio

Nº 47

●
REVISTA DE HISTORIA. Año 24, Enero-Junio, 2019

José “El Gavilancito” Díaz (caso 4: desaparecido en abril de 1965, consiguieron parte de sus restos el 22 y 23/10/2003 en la montaña de El Jabón, estado Lara), Jacinto “El Indio” Andueza (caso 5: desaparecido en 1966, sus restos rescatados el 19/10/2004 en Quebrada Negra, estado Lara), teniente Juvencio Antonio Moreno Lucena (caso 6: desaparecido junto al capitán Gonzalo Pérez Marte el 18/03/ 1966, este último hallado en 1980, mientras los restos de Moreno Lucena fueron encontrados el 20/11/2003 en el cementerio municipal de El Tocuyo, en una fosa común), Víctor Quiñones y Luis Manuel Díaz Rodríguez (caso 7: desaparecidos el 03/10/1967, sus restos fueron conseguidos el 16 y 17/10/2006 en las montañas de Jamucuparo, Píritu, estado Falcón) .

- 4 Pedro Pablo Linárez: *Desaparecidos... Ob. Cit.* Véase también del mismo autor: *La lucha armada en Venezuela: apuntes sobre guerra de guerrillas venezolanas en el contexto de la Guerra Fría (1959-1979)*. Caracas, UBV, 2006; *Magoya, el comandante guerrillero campesino de los años 60 en Venezuela*. Caracas, UBV, 2010; *La insurrección armada en Venezuela: las voces de los guerrilleros de los años 60 en el contexto internacional de los movimientos de liberación nacional (1959-1999)*. Caracas, UBV, 2011; *El Garabato: fábrica de armas de la guerrilla en Venezuela* Caracas, UBV, 2011.